

Las tecnologías de cachivache

J. A. MARTÍN-PEREDA

Hay veces en las que, sin quererlo, nos surge la pregunta ambigua de para qué valen realmente muchas de las sofisticadas y costosas "nuevas tecnologías" con las que nos bombardean a diario desde cualquier medio de comunicación. Si hiciéramos caso a todo lo que nos dicen, después de oírlo, sentiríamos una profunda pena por todas las generaciones que nos precedieron y que no pudieron gozar de lo que nos rodea.

Nos preguntaríamos cómo se ha podido vivir hasta ahora sin todo lo que hoy está a nuestro alcance y cómo el hombre ha podido desenvolverse careciendo de casi todo de lo que hoy disponemos. En muchas ocasiones es cierto que lo anterior puede ser verdad. No es necesario detallar aquí en qué entornos los avances tecnológicos han permitido al hombre sentirse más seguro, o más libre de cargas físicas o mentales. Todos ellos vienen a nuestra imaginación de manera inmediata.

Con esa especie de falsa cultura tecnológica de la que todos creemos disponer podemos enunciar, sin ninguna vacilación, decenas de casos en los que el desarrollo de las diferentes técnicas ha redundado en un beneficio concreto del ser humano. Sería absurdo negarlo y osado el decir lo contrario. Pero al mismo tiempo que ocurre lo anterior, también se nos presentan a nuestro alrededor todo un sinfín de cosas cuya utilidad real es más fruto de la hábil mixtificación de unos cuantos que de su propio valor en sí.

A modo de ejemplo, las tecnologías de la información, el cambio novedoso más abonado para la introducción en él de todo un conjunto de nuevos sacerdotes, representan el ejemplo más paradigmático de todo ello. Se afirma, casi sin dar pábulo a la duda, que la existencia de estas tecnologías supone un salto definitivo en el progreso de la humanidad.

Que el hombre, en su concepto más profundo, es muy distinto antes y después de que hubieran surgido. Que su introducción en la Sociedad ha alterado por completo las relaciones entre los pueblos. Quizá mucho de todo ello sea cierto. Pero creo también que, algo de todo lo que se dice, es una profunda falacia. Y como quisiera justificar aquí, aunque sea con breves juicios, parte de la crisis que sufren en la actualidad muchas de las grandes empresas dedicadas a estas tecnologías, se debe a que esa falacia empieza a ser sentida, aunque sólo sea de manera superficial. No hace falta rebuscar mucho entre todo lo que aparentemente nos ofrecen las tecnologías de la información para encontrar algo de lo que acabo de decir. No hace falta

salir de casa. Simplemente con mirar cualquiera de los muchos cachivaches electrónicos que nos rodean se puede un percatar de que gran parte de lo que llevan incorporado, y que nos han vendido como la última maravilla de la técnica, en el fondo no es más que un artilugio que, de hecho, no nos sirve para nada.

¿Para qué sirven los infinitos botones que tiene un grabador/reproductor de video? ¿Y los del reproductor de discos compactos? ¿Cuántos, de verdad, hemos usado de manera habitual? Y de los múltiples programas de software que tenemos almacenados, ¿cuántos, de hecho, utilizamos? Y de la pluralidad de canales de TV que entran hoy a nuestras casas, ¿cuántos hemos visto más de diez minutos al cabo del mes? de igual manera que es cierto el hecho de que el exceso de información es tan peligroso como la carencia de ella.

El sentimiento de impotencia que siente el hombre medio, ante todo lo que teóricamente la tecnología puede proporcionar, es tan estéril como el que sufre ante el vacío de la nada. Don Quijote se volvió loco por el exceso de lecturas. El hombre moderno puede perder también el seso por la avalancha de pseudotecnologías. Es cierto que los inmensos apoyos que pueden obtenerse del uso masivo de las más recientes técnicas son muy superiores a sus inconvenientes.

Pero también es cierto que lo que se ha invertido en ellas está, en algunos casos, por encima de lo que de hecho se ha obtenido de su empleo. Y es al mismo tiempo cierto que, quizá en algunas ocasiones, los beneficios que han proporcionado sólo se han reinvertido en ellas mismas. Es como una espiral que se autoalimenta y cada vez se hace mayor. Siendo como es el hombre y la sociedad su centro, el punto en el que se encuentra cada vez se olvida más de ambos. Cualquier tecnología, antes de ser aprovechada al máximo, es abandonada en la mitad de su vida ante la presencia de una nueva. Parece como si las necesidades de todos y de todo cada vez fueran mayores. Pero las verdaderas necesidades siguen siendo las mismas que hace miles de años.

Y las recientes tecnologías sólo ayudan a disimularlas con la aparición incesante de artilugios y cachivaches. Mientras se aprende su manejo nos olvidamos de lo demás. Tarde o temprano se consigue dominarlas. Y ocurre, curiosamente, que cuando todo discurre a una velocidad infinita comparada con la de hace unos años, cada vez escasea más el tiempo. Cuando cada vez es mayor el número de artículos publicados en revistas técnicas, menor es la cantidad de ideas realmente nuevas que aparecen. Cuanto

mayor es la cantidad de dinero que se invierte en un producto, menor es el rendimiento verdadero que de él se obtiene. Nos encontramos así, constantemente, ante un dilema de difícil solución.

Intentar mantenerse en primera línea de vanguardia, tanto en las técnicas que se manejan como en las que se crean, es casi imposible por la velocidad a la que se mueve todo y la inversión que hace falta para ello. Mantener los equipos sobre los que se trabaja en constante actualización imposible. Los presupuestos, tanto de una colectividad como de un individuo, son incapaces de mantenerse ajustados con las teorías necesidades.

Y ante ello comienza a nacer la pregunta de para qué vale, de verdad, mantenerse en esa carrera que nunca se ganará y en la que, además, tampoco se sabe muy bien para qué se corre. Y en muchos sitios se inicia el debate de hacia qué objetivo se avanza. Si Ortega tenía razón, y Ortega casi siempre la tenía, nos debemos encontrar ahora en una de las cimas de la tecnología porque, como se recuerda, ya comentaba en 1933 aquello de que la tecnología es la producción de lo superfluo.

Habría que dar otro sentido adicional a la técnica. Que los objetivos a alcanzar no se limitasen sólo a ser los meros números de unas superiores prestaciones, una mayor fiabilidad o un coste más reducido. Que los fines perseguidos no pudieran ser totalmente cuantificados porque, como los sentimientos, tuvieran efectos que no admitiesen patrones ni medias.

Si algo de eso se consiguiera, si podríamos decir que, en realidad, las "nuevas tecnologías" habían adquirido otro sentido. Hasta entonces seguiremos siendo esclavos de todas esas tecnologías que hemos creado y de las que únicamente sacamos provecho cuando se las vendemos a los demás. Hay veces en las que se habla de la *filosofía de la ciencia*. La diferencia fundamental entre una y otra es que si en la segunda es posible hablar de una cierta "lógica" en su descubrimiento o en su avance, en la segunda ya no lo es.

El aspecto más íntimo de la ciencia, el de su creación, viene regido en la mayor parte de las ocasiones por el afán de encontrar algo nuevo. El de la tecnología sería difícil determinar cuál es. Por eso, para darle el aspecto humano que en estos días parece la falta, es preciso iniciar el proceso de su encaminamiento hacia senderos menos iluminados por afanes meramente tangibles. Es seguro que así se iniciaría un nuevo relanzamiento y muchas de las crisis actuales de algunos sectores cesarían.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.